



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10814

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 d.—Estranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 23 DE MARZO DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálicos ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y a plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS

CARILLO PEREZ LURBE
12, CASTELLIN, 12.

PRIMAVERA

Hoy celebran sus desposorios la luz y la alegría. Hoy entra la primavera, y pardiez que entra con todos los honores que por clasificación le corresponden. Día espléndido, sol brillante, ambiente puro, calor intenso. . . ¡a tal señora tal honor! Dentro de poco, la primavera hará su exposición en campos y calles, como hoy la hace en el almanaque. Las flores empezarán a abrir sus botones, los frutales reventarán sus sazonados frutos, y habrá por ahí una de lilas de ambos sexos que parlarán los más empedernidos corazones.

Los sombreros de paja se ostentarán en breve en gentiles cabezas femeninas, y á los pesados trajes del invierno sucederán las sutiles toillettes de verano. . . . Suprimiremos los hombres los chalecos y las camisas de franela; los ciclistas se dedicarán furiosamente á batir records y á lucir las pantorrillas, no siempre auténticas, porque hay ciclistas muy presumidos, y finalmente, los vales espontáneos comenzarán dentro de pocos días á disparar odas y sonetos, y acaso logogrifos y charadas. . . . ¡Todos estos son encantos. . . . y también desgracias de la primavera! Saludémosla con regocijo y dediquemos á la explotación del físico, esos jóvenes gallardos, seres nacidos expresamente para el amor, y que se pasan buena parte de la mañana y, casi toda la tarde en la calle de Alcalá, ¡luciendo todo cuanto Dios les dió.

Para ellos la primavera no es más que un símbolo. Ellos sí que son primaveras legítimas ó invariables. No sienten los cambios de las estaciones, porque el fuego del amor que permanentemente les devora no les permite sentir los agudos frios de Diciembre.

Serás felices esos, sin desengaños. . . . y sin sentir lo común a veces.

CALIXTO BALLESTEROS.

ESPECTACULOS YANKEES

Días pasados anunciaron los periódicos de los Estados Unidos el combate de los famosos pugilistas Corbett y Fitzmouss, el cual debía efectuarse en Carson City (Nevada), á fin de decidir, á puñetazo limpio, á quién de los dos bárbaros, dicho sea con todo el respeto debido, se había de hacer entrega del diploma de «campeón del mundo», otorgado por el Parlamento de Nevada.

El «match» se ha verificado el día 17, habiendo quedado vencedor el australiano Fitzmouss.

Hé aquí algunos pormenores tomados del relato que hace el corresponsal del «New York Herald», sintiendo que la falta de espacio nos impida insertar íntegra su narración, interesantísima para el estudio de las costumbres de la «civilizada» América del Norte.

Desde muy temprano, el lugar del combate hallábase ocupado por unos 5.000 espectadores.

A la hora señalada para el encuentro aparecieron sobre la arena del circo, escoltados por sus respectivos admiradores, los dos «fighters».

Los primeros ataques de Jim (Corbett) y Fitz (Fitzmouss) se redujeron á meros tanteos de las aptitudes y fuerzas de los duelistas; alguna que otra zancadilla, tal cual apretón de cuello y varios «metidos» amistosos en el estómago y en la mandíbula inferior. A consecuencia de uno de estos últimos, Fitz estuvo un poco de tiempo sin sentido; pero se repuso rápidamente y se dispuso á devolver á su rival las cariñosas cariapias, como así lo hizo, fracturando una costilla á Jim.

El atleta norteamericano, por no ser menos que su rival, perdió por breves instantes el conocimiento.

Unas cuantas gotas de «gin» y de «whisky», y tibia á reanudarle la inversión.

Resumiendo: en los catorce encuentros «rounds», hubo clavículas dislocadas, ojos fuera de las órbitas, narices convertidas en pasta, rodillas dislocadas y dentaduras esparcidas á los cuatro vientos.

La «cultísima» fiesta, presenciada por

una multitud delirante de entusiasmo, terminó con un magistral puñetazo propinado por Fitz á Jim, en pleno tórax sobre la región cardíaca.

El desventurado Corbett fue conducido medio deshecho y espirante á la enfermería.

La «cincha» de honor concedida por el Parlamento nevadense fue «ajustada» acto continuo á Mr. Fitzmouss, quien fue conducido en triunfo á su residencia por sus admiradores.

¡Bien por los yankees!

CAMPANA DE CUBA

COMBATE EN LOMA VALDÉS

Entre los relatos de las operaciones verificadas en Cuba durante la segunda quincena de Febrero y que inserta la prensa de la Habana venida por el último correo, merece especial mención el referido combate sostenido en la Loma Valdés, del cual combate se ocupa «El Avisador Comercial» en los siguientes términos:

«El día 13 salió de Buena Vista hacia la colonia «María» la columna del coronel D. Joaquín Osés, sosteniendo ligeros tiroteos por todo el camino, en los cuales se causaron al enemigo dos muertos, cuyos caballos con monturas fueron recogidos por la tropa.»

En esta primera fase de la acción que después resultó glorioso hecho de armas, fue herido un voluntario de Camajuani y muerto el caballo que montaba.

Como la noche se echaba encima, ordenó el coronel Osés, al llegar á la colonia «María», que acompañase la columna allí, siendo tiroteada por un pequeño grupo insurrecto que se retiró á las primeras descargas de la tropa.

El día 14, al toque de diana, levantó se «campamento» la columna, dirigiéndose hacia Meucses, en cuyo camino fueron hostilizadas nuestras tropas por los insurrectos. Al penetrar las fuerzas en el laberíntico desfiladero de Seboruco, fueron atacados el frente y los flancos izquierdo y derecho con un nutrido fuego por parte de los insurrectos.

Sin cajar un momento, el coronel

Osés, secundado por los nuevos coronales D. Carlos Palanca y D. Juan Arce, avanzaron sobre los insurrectos con descargas cerradas, hasta conseguir dominar el fuego de los rebeldes, aunque los tiros sueltos abundaban.

Terminada esta segunda parte del combate, que, según la relación de testigos presenciales, fue ruda, mandó el coronel Osés que hiciese alto la columna para recoger los muertos y heridos que allí tuvo, continuando la marcha después de esos trabajos, siempre con tiroteos más ó menos intensos, hasta que la tropa logró flanquear por la izquierda del camino, precisamente hacia la parte por donde cae la vía ferroviaria de la sierra de Bamburanao.

Desde aquí puede decirse que todo lo que hubo fueron tortas y pan pintado, en comparación del desarrollo é incremento que tomó el combate al penetrar las fuerzas en los terrenos que dominan las lomas de Valdés. En aquellas alturas, el enemigo que ocupaba posiciones ventajosísimas, en número bastante considerable, rompió un vivísimo fuego parapetado detrás de las trincheras de piedras que allí tenían sobre nuestras fuerzas; en línea tan extensa que llegaba hasta la retaguardia de la columna, aprovechando todas las vertientes de la loma para hacer más aprovechables sus tiros.

En esas circunstancias, el coronel Osés, que se encontraba en aquel momento en el centro de la vanguardia, ordenó que se avanzase por el flanco

derecho con el fin de darle mayor desarrollo á la columna, al mismo tiempo que se tomase á los rebeldes las posiciones que hacia aquel lado tenían, cuya operación se realizó con notable éxito, secundada por la artillería que, á 500 metros de distancia, hacía caer las granadas sobre las trincheras de los insurrectos.

Inmediatamente trataron de correrse los insurrectos hacia el alto de la «Loma Valdés»; pero de esa idea tuvieron que desistir porque la artillería que había previsto aquel movimiento, les obligó á metrallazo limpio, á retirarse en dirección contraria.

A pesar de todo y del número de bajas que en aquel momento se hicieron á los rebeldes, trataron éstos de rehacerse en tanto que la artillería, colocada á 300 metros, les hizo una tremenda canonicería; pues al tercer disparo disminuyó notablemente el fuego de los insurrectos, abandonando las trincheras que allí tenían.

Durante todo el tiempo que duró la acción disparó la artillería 22 botes de metralla.

Esta tercera parte del glorioso combate de la «Loma Valdés», duró dos horas largas.

Dícese que en esta acción dejaron los insurrectos más de 20 muertos en el campo, aunque se asegura que los rebeldes tuvieron más de 100 bajas, contando con los heridos.

La columna tuvo ocho muertos y 31 heridos entre graves y leves, entre éstos dos oficiales de los voluntarios movilizados de Camajuani, veinte y dos caballos muertos y dieciocho heridos.

En lo más rudo del combate fue muerto de dos balazos, el caballo que montaba el coronel Osés, sin que, afortunadamente, se lastimase á tan apreciable jefe.

Estando indicándole el capitán del tercer escuadrón de los voluntarios movilizados de Camajuani, D. Mariano Pedrosa al oficial que mandaba la artillería, cual era el sitio más apropiado para emplazar la pieza, recibió un balazo en el estómago, que, á los pocos momentos terminó con la vida del inolvidable capitán.

Fue el capitán Pedrosa práctico, durante todo el tiempo de la guerra pasada, del malogrado coronel Fortún, que en aquella época mandaba los voluntarios de Camajuani.

vuestros detenciones. Seguidme si queréis, ó penetrad de nuevo en el baile. . . yo os buscaré por vos.

—No, no; iré á vuestro lado. Aunque me dá terror cruzar esas calles solitarias, haré por mi parte cuanto gustéis.

—Vamos corriendo.

—¡Ay lejos de aquí!

—No.

Las dos damas llegaron á las puertas del alcázar: el inmenso gentío que algunas horas antes se extendía como un mar agitado por la ancha playa, á cuyos pies mullían sordamente las arboledas del Campo del Moro y las ondas del Manzanares, había desaparecido. Tan solo se oía el chirrear de las veletas y el resoplido de las lechuzas.

Un pesado coche tirado por dos magníficas mulas, avanzó hasta la puerta principal.

—Calle de Fuencarral, hostería de la Cruz blanca, hijo Margarita al auriga, penetrando con su amiga en el carruaje. Al galope.

Al saber de un minuto rodaba estrépitosamente por la cuesta de Santo Domingo.

—Tomad, Enriqueta, exclamó la marquesa alargándole un manto de los que en aquella época se usaban; cubrios con él, pues el sitio donde vamos á

de su alma; se trataba de una persona, que por ella, sino había deshonrado la fe conyugal, la había empujado al menos, y tantos sacrificios hechos en el ara de un amor sin límites, no podían refrenar á una mujer semejante cuando un peligro inminente amenazaba al supremo objeto de su adoración.

Margarita llegó á las escaleras.

—Pero, ¡marqués! . . . exclamó la hija del comendador aterrada al contemplarla casi fuera de sí.

—Seguidme.

—¡Oh! ¿Y mi padre?

—Vuestro padre me ha encargado que os lleve á su casa.

La joven enmudeció por un instante.

—¡Cómo temblais! dijo por último.

—Tengo miedo; es verdad. Mas dejemos esto, buena amiga mía. El coche nos espera. . . no subiremos con nuestros mantos, y así nos pondremos á cubierto de las murmuraciones de la corte.

—Esperad, esperad; la reina no ha abandonado el baile, y faltaríamos á una imperdonable regla de etiqueta si nos retirásemos.

—La vida de un hombre es primero.

—Pero.

—Por Dios, Enriqueta; me estais asustando con

—No es fácil. Solo os ruego me digais si habeis equivocado sus señas.

—Ninguna.

—¿Y quién fué el que más os insultó en la hostería de la Cruz blanca?

—Leon Bravo.

—Yo amansaré ese Leon, querido conde.

—No, antes lo domesticaré la punta de mi espada.

La marquesa de Villouraz que sin pensar había oído todo este último coloquio, dió un pequeño grito. Había descubierto un secreto, pero este secreto le acababa de destrozar el corazón.

—Nos acechan, señora, dijo Asina en voz casi imperceptible.

—¡Oh! es cierto: separémonos pero antes decidme donde es el duelo.

—Detrás del palacio del Buen-Retiró.

Y estos dos personajes se confundieron bien pronto entre la multitud, no sin cruzar algunas palabras que no pudieron ser oídas de nadie.

La marquesa de Villouraz quedó pálida y sin comprender el verdadero sentido de lo que acababa de escuchar.

—¿Qué tenéis? le dijo admirada Enriqueta Ponzos. ¡Dios mío! Os habeis puesto mala!